

bió el *Canto a un dios mineral*, algunos otros poemas, algunos ensayos y traducciones. Una obra pequeña pero grande en importancia. Jorge Cuesta vivió apenas treinta y nueve años. Nació en 1903 en Córdoba (Veracruz) y se suicidó en 1942. Abogó por la internacionalización cultural, por una apertura hacia otros ámbitos y lenguas, por insertar a la literatura mexicana en el contexto de la lengua española. Contra las tendencias aislacionistas y nacionalistas a ultranza, buscó afirmar las raíces hondas y fuertes de México clavadas en la prehistoria, que están a la vista de quien quiera y pueda reconocerlas. Perteneció al grupo de los Contemporáneos y fue su "conciencia crítica" y su "conciencia política". Habló muchísimo más de lo que escribió pero su actitud militante y su escritura lo sitúan con precisión en la época que le tocó vivir. Por su parte, Xavier Villaurrutia, Gilberto Owen y Salvador Novo, entre otros "contemporáneos", hicieron lo suyo por adelantar la literatura mexicana contra las inclemencias del medio que favorecía una política cultural nacionalista obstinada y cerril cuyo lema podría ser: "la nuestra es la única ruta".

De entre el grupo de "los contemporáneos", Jorge Cuesta creó una leyenda que con el correr de los años ha venido en aumento. Tal vez por su muerte temprana, tal vez por su radicalidad, tal vez por su empeño creativo y crítico. Salvadas las distancias, hay quienes ven en Cuesta a otro Eliot, pues, también como el autor de *La tierra baldía*, los preceptos de su poética, así como los de su ideal, mantienen actualidad y pueden ser objeto de análisis y posterior desarrollo. Octavio Paz, por lo menos, ha reconocido sus deudas para con uno y otro, y por extensión podría decirse que una buena parte de la literatura mexicana de los últimos años acusa los ecos y los reflejos de la obra cuestiana.

El ensayo *Soliloquio de la inteligencia* de Adolfo Caicedo analiza el célebre poema *Canto a un dios mineral* a la luz de la época, de "los contemporáneos", de otras literaturas, de la propia tradición mexicana e hispanoamericana, encontrándole riqueza

y valor permanentes y actuales. La poética cuestiana aceleró el desenvolvimiento de la poesía y de la literatura a los niveles que conocemos hoy en día. De ahí su valor en el panteón de los poetas ilustres y el interés que tuvo el ensayista para acercarse al autor objeto de su estudio.

Adolfo Caicedo echó mano de gran número de fuentes de consulta, y su prosa es amena, aunque hay momentos en que decae su intensidad, debido al exceso de información. El jurado, integrado en aquella ocasión por Emmanuel Carballo, Lilia Osorio y Huberto Batis, hizo plena justicia al otorgar a este ensayo el premio José Revueltas. En los trabajos de Caicedo que se anuncian (uno sobre Alfonso Reyes y otro sobre Agustín Yáñez) es muy probable que se alcance todavía más el vuelo poético de la prosa del ensayista colombiano.

MAURICIO QUIJANO

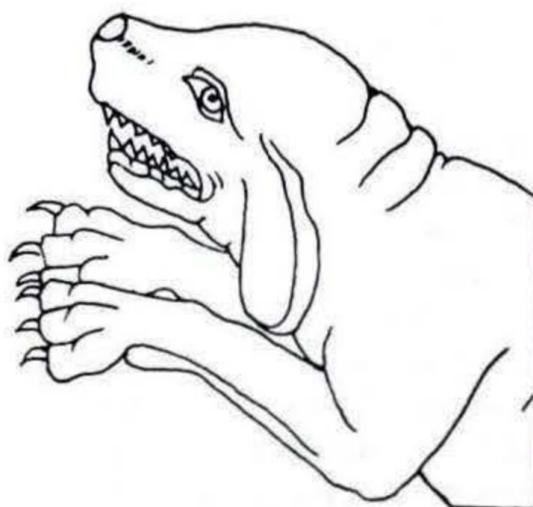
Trabajos de llano

Ensayos orinoquenses

María Eugenia Romero

Orinoquia siglo XXI, Bogotá, 1988, 113 págs.

Este volumen reúne diez artículos y un apéndice bibliográfico escritos entre 1972 y 1988, previamente publicados en revistas y periódicos interesados en la temática de los Llanos Orientales y de la Orinoquia. Están presentados en cuatro secciones: I. Demografía y poblamiento; II. El Estado en la Orinoquia colombiana; III. La Orinoquia colom-



biana: sociedad y tradición musical; IV. Bibliografía sobre cronistas y viajeros de los Llanos Orientales de Colombia: siglos XVIII y XIX.

Aunque los enfoques y gran parte de la información etnográfica y estadística han perdido vigencia, en su momento fueron indicadores únicos para muchos de los temas tratados por la autora. En algunos de ellos, puede decirse que la antropóloga Romero atisbó con anticipación perfiles que hoy recoge la investigación social:

El movimiento guerrillero acaecido en los Llanos Orientales [sic], y el cual cubrió el departamento del Meta, la hoy prefectura de Casanare y parte de los llanos del Vichada, debería merecer la atención de investigadores sociales para analizar sus móviles y consecuencias [pág. 20].

Esta es una temática que ha empezado a ser abordada, aunque desconocemos si en relación o no con la sugerencia de Romero en 1972. Otro tanto hay que decir de la propuesta de investigar el problema de la aplicación del derecho penal colombiano a las minorías étnicas de los Llanos, que ha suscitado foros conjuntos de juristas, indígenas y antropólogos.

La autora empieza señalando las repercusiones que la violencia (y otras causales migratorias) de los decenios del 40 y del 50 en la zona andina ha tenido en la colonización del Ariari, de la Macarena y de la comisaría del Guaviare. Destaca el papel de entidades como la Caja Agraria, la Fac, y posteriormente el Incora, en la promoción de estas colonizaciones que hoy en día son fuente de innumerables conflictos sociopolíticos. Ya para ese momento (1972) constata el impacto (deforestación y consiguiente deterioro de fuentes de agua, agotamiento de recursos) que sobre los ecosistemas piedemontanos ha tenido ese proceso de migración interna. Estas informaciones son complementadas con una panorámica de la distribución espacial de la población indígena y su relación con los asentamientos de colonos, vigente para 1973.



En sus artículos, Romero se empeña en diagnosticar y proponer perspectivas para el desarrollo de la Orinoquia. Sus ideas pueden sintetizarse en lo siguiente:

a) Falta de un "propósito nacional" para la acción estatal en la región.

b) "Improvisación" en la acción estatal, en especial en materia de infraestructuras, e insuficiencia de éstas para la recepción de flujos migratorios.

c) Duplicidad de funciones de las agencias estatales, que obstaculiza la ejecución de los programas.

d) Los planes para nuevos asentamientos "deben tener en cuenta la idiosincrasia de los grupos interesados, tanto nativos como migrantes y las perspectivas económicas reales" (pág. 34).

Por otra parte, llama la atención acerca de que "el modo de vida y [la] alimentación [de los indígenas] ha sido cambiado parcial o casi totalmente", y se manifiesta contraria a asumir posiciones "conservacionistas", aunque exterioriza su alarma frente al cambio.

El análisis del Estado en la Orinoquia es enfocado como la presencia/ausencia, eficacia/ineficacia de los aparatos administrativos de los

diferentes sectores de la gestión pública, en una perspectiva cronológica. En ese contexto enmarca el carácter de "marginalidad" de la región, adquirido desde el colapso de las haciendas jesuíticas y reforzado por las guerras civiles del siglo XIX. Reconoce que esta "marginalidad" es compartida por otras regiones del país, pero tiende a explicarla más como resultado de voluntades políticas que como expresiones de determinada estructura económica y social: tal "marginalidad" desaparecería si la política estatal fuera menos centralista, menos "andina" y, sobre todo, si hubiese un "propósito nacional", frente a la Orinoquia, sugiere la autora (pags. 40-46). Por ello no deja de sorprender que al mismo tiempo afirme que ha habido un "proceso de integración a la nación de los territorios de la Orinoquia" (pág. 46), aunque "sin directrices gubernamentales", como si se tratase de un proceso acabado, eliminada la frontera interior, *desmarginalizada* la región.

No se considera, por otra parte, el papel desempeñado por la economía de la coca en la modificación de la frontera agropecuaria y, principalmente, en la concentración de la propiedad territorial en las zonas de vieja y nueva colonización. Sólo una vez se menciona la necesidad de reflexionar sobre un posible papel de la "economía subterránea" (pág. 47).

Dos conceptos aparecen en las indagaciones de Romero sobre la economía y la sociedad orinoquenses: economía extractivista y sociedad de colonización. El estilo de los escritos, fluctuando entre la intención historiográfica, el periodismo regional y el documento reivindicativo, oscurece la comprensión del punto de vista de la autora sobre estos conceptos. Así, no aparece claro el lugar histórico de la evolución de la ganadería en esa economía extractivista, ni su articulación con la agricultura piedemontana y el comercio fluvial. Tampoco, si la actual agricultura capitalista mecanizada tiene alguna relación con los procesos precedentes.

Por otro lado, la "sociedad de colonización" orinoquense es definida como la coexistencia de tres categorías sociorraciales: llaneros, colonos

e indios. La de los *llaneros* corresponde a los "colonos antiguos", descendientes de las primeras mezclas de lo español y lo indio, dedicados principalmente a los *trabajos de llano*. La de los *colonos* se refiere a los "colonos recientes", es decir, a los establecidos durante los procesos migratorios de la segunda mitad del siglo XX, quienes se dedican a la agricultura de subsistencia en las vegas, contribuyendo al sostenimiento de la fuerza de trabajo de las haciendas ganaderas. Finalmente, la de los *indios*, descendientes de los antiguos pobladores de caños y sabanas, sálibas y achaguas, cuibas y sucuanis, que después de deambular como cazadores-recolectores u horticultores itinerantes, o huyendo de las persecuciones, han empezado a sedentizarse y a adoptar formas económicas como la ganadería.

Esa visión —por lo demás compartida por muchos investigadores— resulta muy limitada actualmente. Oculta y "suaviza" la estructura de clase sobre la que se sustenta la trilogía en conflicto, al proponer unas categorías de base histórico-cultural-territorial. Excluye del esquema de "sociedad" a los terratenientes-ganaderos, quienes aparecen en la periferia del esquema designados como los *blancos*, los dueños "criollos" de la tierra que a veces asisten a los parrandos y hasta regalan "mamonas" para la peonada. Además, dificulta la comprensión de la transformación de algunos sectores "llaneros" en burguesía agroindustrial, el sector de más rápido desarrollo en el llano colombiano de hoy.

El volumen concluye con una amplia recreación de las tradiciones musicales llaneras. La autora muestra cómo la poesía, la música, los instrumentos, se desarrollaron en estrecha relación con el trabajo en hatos y haciendas. Pero más que con el trabajo, con el ambiente, con el microuniverso que la vida social del hato encierra: de la esforzada faena a la evocadora reunión vespertina de la peonada, o al abigarrado conjunto de la romería con virgen patrona, común a varias regiones llaneras.

Romero llama la atención sobre algunas fiestas de santos patronos

cristianos, que, de eventos pluriculturales ritualizados muy precisamente, se han venido transformando en simples ferias comerciales de ganaderos y peones, de las que se han borrado sus ceremonias más identificadoras y en las que, por el contrario, se esfuerzan sus oficiantes por ocultar todo nexo con su "indianidad". Examina para ello, en particular, una celebración de la fiesta de La Candelaria en Orocué, que resulta muy ilustradora de lo dicho.

Versificación de galerones, corrios, lloaos y contrapuntos; golpes de cuatro y bordoneos de arpas; temas de sabana, de matas de monte y de caños, de seres del día y de la noche, de la tormenta y del verano, presentes en el complejo histórico-literario-musical de estas tradiciones llaneras, son definidos y descritos por la autora con minucioso y sonoro gusto, una muy grata manera de conducirnos al final del volumen.

MARIANO USECHE LOSADA

Entre la metrópoli y la tía rica

Sobre los Llanos

Eduardo Mantilla Trejos (compilador)
Fotomecánica Industrial, Bogotá, 1988,
211 págs., dibujos, fotos.

¿Es la literatura regional el producto inevitable de las características propias de una zona geográfica? ¿O, por el contrario, puede surgir el verdadero escritor desvinculado de las condiciones de su sitio natal? Concretamente, este libro trata de descubrir cuáles son y cuáles debieran ser las relaciones entre el escritor llanero y la tierra llanera, tarea ya de por sí mayormente compleja que la de aclarar los nexos entre la literatura universal y las nacionales. Para los Llanos, además del problema, propio de toda provincia, de su articulación con la metrópoli (Bogotá), existe también el no menos espinoso de sus vínculos con una tía rica (Venezuela) que con frecuencia hace sentir una

mayor presencia en los Llanos que la capital nacional, aparentemente cercana pero en realidad más distante en todo sentido.

Las anteriores inquietudes finalmente desbordaron el marco puramente individual para cristalizar en el Primer Encuentro Colombo-Venezolano de Escritores Llaneros, celebrado en Arauca del 29 al 31 de mayo de 1987. El libro que nos ocupa, compilado por el maestro Eduardo Mantilla Trejos, recoge las ponencias e informes de ese conclave, además de una muestra de trabajos literarios. Se lee con verdadero deleite toda la obra, de presentación muy agradable, donde alterna la literatura con los dibujos y las fotos, en feliz combinación.

La tesis sobre la existencia de una literatura llanera distinta de las demás es claramente expuesta por Eduardo Mantilla Trejos y secundada por Alberto Baquero Nariño, quienes en magistrales ponencias defienden la posición establecida u "oficial", con argumentos a primera vista convincentes. Pero esta interpretación no resiste la embestida del joven poeta Julio Daniel Chaparro, quien niega que los Llanos sean "un gueto aislado del resto del mundo" y rechaza la tal "receta" para escribir poesía llanera: "reunir un lexicón de palabrejas regionales, agitar muy fuerte y servir".

Una bella síntesis sobre la verdadera naturaleza de la literatura regional la logra Germán Pinto Saavedra, pero solamente después de denunciar el esnobismo imperante entre los estudiantes llaneros, quienes se divierten en sus fiestas con *rock* y *disco music* estadounidenses, y se ponen sus disfraces de "llanero y bailan joropos" solamente para grados o actos especiales. Un *tour de force* a través de la literatura universal le permite a Pinto Saavedra esclarecer las características que debiera reunir la literatura regional, cuyos tres máximos exponentes son el colombiano Tomás Carrasquilla, el mexicano Juan Rulfo y el peruano José María Arguedas. Solamente a través de producciones similares, se logra, afirma Pinto Saavedra, escapar "a tiempo de la tontería y la frivolidad, de la ignorancia y vanidad superlativas



que parecen reinar hoy como soberanas absolutas en nuestros medios literarios".

En un plano más práctico, varios expositores (Argenis Méndez, Echenique, Carmen R. Martínez A. y Eduardo Mantilla Trejos) se refieren a las dificultades económicas de los escritores en los Llanos colombianos, quienes, sin apoyo oficial, al contrario de sus colegas venezolanos, se ven obligados a tomar préstamos usurarios para la edición de sus obras. Entre las recomendaciones del Encuentro se destaca la creación de un Fondo Editorial de los Llanos y la de "editar, cada uno de los asistentes, dentro del término de un año, por lo menos un libro". En las biografías de los participantes, la mayoría confiesa tener novelas inéditas o por lo menos versos; así que se puede esperar una explosión en la producción literaria, si se cristalizaran los proyectos de apoyo.

Casi unánimemente los ponentes reclaman el rescate de la historia de los Llanos, ya sea mediante la preservación de los documentos inéditos amenazados de una segura destrucción, o grabando antes de su desaparición, las tradiciones orales, tanto de índole literaria como histórica. La ponencia de Alfredo Molano indica